

Los libros en Europa

Oh, un amico! In dialogo con Montaigne e i suoi interpreti, *Sandro Mancini*, Franco Angeli, Milano, 1996, 324 pp.

Montaigne, fundador inopinado de la mentalidad moderna, soporta con su consabida bonhomía varios siglos de minuciosas lecturas. La que ahora propone el profesor de Milán apunta a descortezar algunos tópicos amontonados sobre el señor de Burdeos. Para Mancini, la búsqueda montañesa es esencialmente antropológica y tiende a definir al hombre a partir de su precariedad, lo cual no lo conduce a la esperada salida estoica —sin desdeñar la influencia del senequismo en él— sino a plantear la radical libertad del hombre. Porque somos precarios, mortales, y no contamos más que con nuestras propias fuerzas, cada vida individual es única y tiene un valor incalculable. No sólo la completa parábola vital, sino cada instante de ella. La muerte, en lugar de irrumpir como un trágico extranjero en el país de la vida, se incorpora a ella como su fin natural. Despojado de su miedo a la muerte, o de la esperanza compensatoria en la inmortalidad, el hombre montañés es libre en el más estrictamente moderno sentido del adjetivo.

Montaigne es, para Mancini, como para otros lectores contempo-

ráneos (Merleau-Ponty, etc.) un filósofo, no del sistema del saber, sino del ejercicio de la sabiduría, que es concreta y autobiográfica hasta que el entendimiento la torna universal. Esta filosofía, descentrada, tangible, subjetivizada, se guía por una confianza en la entidad del hombre, que alcanza la totalidad del planeta. No hay en ella, pues, nada del supuesto relativismo cultural que se le adjudica. El hombre es uno aunque sea problemático y diversamente peculiar. Esta dialéctica es la que moderniza elocuentemente el pensamiento montañés.

Mancini reconoce sus deudas, sobre todo a Starobinski y Thibaudet, pero no es menor su aporte que su revisión de la frondosa enciclopedia suscitada por Montaigne. Con esto consigue algo que el escritor aprobaría: hacerlo nuestro prójimo, nuestro amigo, después de haber sido nuestro padre.

Walter Benjamin o Hacia una crítica revolucionaria, *Terry Eagleton*, traducción de *Julia García Lenberg*, Cátedra, Madrid, 1998, 270 pp.

Eagleton se propone en este libro aproximar su discurso y el de Ben-

jamin para generar un tercero. A veces consigue releer con detalle y lucidez algunas de las propuestas de Benjamin sobre filosofía de la historia y estética contemporánea. Otras, se pierde en un confuso atajo que lleva, imaginariamente, a la revolución como destino necesario de la historia. Y ahí el encuentro con Benjamin es chirriante, porque Benjamin tenía una visión mesiánica judaica de la historia como perpetuo aplazamiento de la redención. La revolución era para él un horizonte del deseo, que se escapaba al ritmo de las carreras del revolucionario.

Esta disparidad permite a Eagleton desplegar su información en otros campos, donde se advierte la dificultad de intentar la construcción de una estética marxista o una teoría del arte igualmente compatible con Marx. La distancia que va de Lukács a Brecht, o de los surrealistas y Trotski al arte oficial de la academia estalinista, son pruebas elocuentes de que la multiplicidad alcanza también al marxismo, que es un producto de la historia, como cualquier marxista sabe y muchos marxistas se empeñan en ignorar, poniendo al superhombre proletario de Marx, libertador de la humanidad, no entre las quimeras del siglo XIX, sino en el futuro congelado de una historia definitivamente redimida de sus cadenas.

Más incisivos desfilan por este texto embrollado y erudito: Bajtín y

sus carnavales, la deconstrucción, el psicoanálisis (con su señalamiento del poder erótico de la mercancía como fetiche), la tragedia barroca y la estética racionalista. Irreductible, la obra de arte, que siempre surge en un contexto, escapa a los contextos, discute con la historia y reclama su propia historia. Sus voces inquietan a Eagleton, que a veces las amordaza pero otras, se detiene a escucharlas con inteligente perplejidad.

Metáforas del poder, José M. González García, Alianza, Madrid, 1998, 250 pp.

La metáfora, tenida desde antiguo por mero adorno del lenguaje de las acepciones, ha sido revalorizada, desde el barroco, como todo lo contrario: el punto de partida poético de la tarea significativa de la palabra. En lo político, el uso de metáforas está asociado a muchas de las categorías más importantes del pensamiento occidental: el Estado y la sociedad como organismos (desde Hobbes en adelante), el mundo del poder como un teatro donde se reconocen identidades escénicas y se negocia el destino de los poderes, la política como un pacto diabólico que evita la guerra, la eternidad de la paz kantiana y su imagen congelada del tiempo histórico, la opuesta noción también barroca de postrimería como regente de la historia en

tanto cumplimiento y desafío del tiempo y la muerte, etc.

El libro de González García, sin pretender exceder los límites de la descripción, ilustra con variados ejemplos literarios y pictóricos, la deriva de estas metáforas que caracterizan como barroco el discurso político de los tiempos modernos. A través de este recuento clasificatorio es posible advertir que los políticos, sean practicones o doctrinarios, se valen de metáforas porque el objeto de su discurso, el poder, es una tautología y, como resultado de ella, algo innombrable, inefable, con cierto regusto de la intangibilidad que se reconoce en los objetos sagrados.

Más allá del estricto campo de su investigación, el autor apunta a un problema semiológico mayor: el lenguaje no puede acabar de nombrar nunca sus objetos y se enfrenta con una realidad que es, en última instancia lo real, inefable, y a la cual la palabra persigue en una infinita fuga metafórica.

La crisis del capitalismo global. La sociedad abierta en peligro, *George Soros, versión castellana de Fabián Chueca, Debate, Madrid, 1999, 277 pp.*

Soros se ha enriquecido con negocios financieros y ha meditado sobre el mundo de la finanza, hoy convertido en pivote de una econo-

mía globalizada. Conoce el tema desde dentro y desde fuera. Por ello critica la situación actual y advierte sobre sus peligros: la globalización conducida por una fe naturalista en el equilibrio misterioso y espontáneo del mercado, puede llevar a su destrucción. La economía abierta pone en riesgo de muerte a la sociedad abierta.

Soros no cuestiona la economía de mercado sino lo que denomina «fundamentalismo del mercado» y señala que las plazas financieras, lejos de autorregularse armoniosamente, son inestables, frágiles e imprevisibles. Ejemplo al caso: la crisis del Sudeste asiático que arrasó a la burbuja financiera japonesa y hoy provoca un enfriamiento mundial que puede desembocar en recesión.

Las ideas de Soros no son originales ni él pretende que lo sean. En sus reflexiones se oyen las voces de Max Weber, Popper y Giddens. Apunta a la famosa tercera vía por la que intentan viajar políticos de variopinto origen, como Blair, Schröder, Clinton y Aznar. Todos advierten, como Soros, que el sistema financiero mundial (Fondo Monetario y demás instituciones de multipagos) resultan pequeñas en relación a la magnitud de las crisis, y que la velocidad con que se instalan y huyen los capitales atenta contra el desarrollo del mercado mismo. Por su parte, la autonomía de las finanzas en relación con la